

# ANTROPOCENO Y MALESTAR CULTURAL: ¿el crepúsculo del *Homo sapiens*?

Adriano Messias

Escritor, docente e investigador  
Pontificia Universidade Católica de  
São Paulo/FAPESP

[adrianoescritor@yahoo.com.br](mailto:adrianoescritor@yahoo.com.br)

El título de mi texto contiene dos expresiones con las que he venido trabajando en los últimos años (MESSIAS 2016, 2019a, 2019b, 2019c, 2019d): por un lado, el “malestar”, en el sentido empleado en el clásico texto de Freud ([1929] 2017) y, por otro, el Antropoceno, la nueva era humanogeológica debatida en este siglo, y cada vez más a partir de 2016, cuando la terminología se formalizó en el 35º Congreso Internacional de Geología de Sudáfrica. Ambas confluyen: abordar el malestar en la cultura tiene también que ver con el malestar del sujeto que vive en esa misma cultura y con un enorme panorama de profundas alteraciones planetarias causadas por nuestra especie y que se adentran en el ámbito del Antropoceno. Cuando Freud escribió sobre el malestar, mencionó que las causas del sufrimiento humano estarían en la vulnerabilidad del cuerpo, en las furias y las catástrofes del mundo externo y en las propias relaciones sociales. Siguiendo esta tríada, pienso que el malestar anuncia hoy una sensación de falta de lugar, una incomodidad, un desplazamiento para no se sabe dónde, y señala la necesidad de encontrarse refugios en un planeta de desamparados de todos tipos y especies.

En mis estudios de los últimos años, trato de exponer cuán razonable me parece pensar que el boceto del Antropoceno ya estaba presente en los primeros “garabatos” del comienzo del lenguaje simbólico, que a su vez es la marca especial del *Homo sapiens* y su agente en los seres y las cosas, y eso mucho antes de los primeros asentamientos sedentarios agrícolas y de pastoreo hace unos 10.000 años. Mis hipótesis sobre el Antropoceno provienen de mi lugar de formación, pensamientos y lecturas, un campo que se cruza con la semiótica, el psicoanálisis y las ciencias de la comunicación.

Obviamente, la brecha de tiempo es enorme desde los primeros gestos y gruñidos que intentaron significar un espacio de convivencia y lucha de nuestros primeros antepasados hasta llegar a la organización política de las complejas ciudades de la antigüedad, por ejemplo. En los pocos milenios que albergan la breve historia de la civilización, las múltiples “antropocenas” fueron poco a poco ganando espacio, volumen e importancia a través de una sucesión de eventos directamente relacionados con este ser de lo simbólico y de la falta que, en condiciones gregarias, construyó formas tecnológicas que hoy incluso le permiten salir del propio planeta. Por lo tanto, desde las primeras aglomeraciones sedentarias y sus prácticas agrícolas y pastoriles, ya estábamos dejando nuestras “huellas” por el camino: inicialmente, el trazado sería lo de una curva delicada ascendente en la línea de tiempo de nuestra interferencia en el planeta, hasta alcanzar una ascensión muy rápida y alarmante desde la primera Revolución Industrial.

En la contemporaneidad, la tecnología nos ha permitido crear un mundo interconectado por redes ubicuas para generar más sociabilidad (y también más control). Así, lo que llamamos “cultura humana” también nos sirve para enmascarar las acciones de la pulsión de muerte con fines de garantizar la supremacía de unos pocos sobre la mayoría, y este hallazgo es bastante evidente en los escenarios económicos y políticos que tenemos por todo el planeta.

Lo que me parece muy serio es que el llamado Antropoceno tiende a constituirse en torno a un “punto de no retorno”, término importante que he designado para mis argumentaciones. No sé si el *Homo sapiens* se revitalizará en su trayectoria civilizacional eligiendo un camino menos violento y avanzando hacia la sublimación de la pulsión de muerte en favor de lo que comúnmente se llama tolerancia, respeto y ética. Estas últimas palabras también pueden entenderse como “aceptación de la otredad” y “reconocimiento de los límites”, pero hay mucho que avanzar a partir de ellas.

Otro punto enfatizo aquí: la mayoría de las ideas del sentido común y también de la ciencia en torno a la “naturaleza” — una de las palabras más evocadas en esta era de desastres ecológicos persistentes — no aseguran una mejor comprensión de lo contemporáneo, tampoco colaboran con soluciones efectivas para los numerosos problemas a los que nos enfrentamos. Al fin y al cabo, definitivamente no hay “dentro” y “fuera”: la “naturaleza” no está “allí” o “allá”, esperando que la rescatemos y la salvemos, o que nos unamos a ella como si fuera nuestro último refugio, una supuesta instancia independiente de la confusión de las ciudades y del caos de las relaciones humanas. En la Tierra todos somos refugiados. Por eso, asociar el Antropoceno solo con los males que nosotros los humanos hemos causado a la “naturaleza” es demasiado simplificador.

Tampoco se debe entender esa “naturaleza” como la entidad suprema y donante de vida — la “Madre Naturaleza” muy evocada, especie de Diosa olvidada que debe ser revisitada en rituales y pseudo-filosofías. En resumen, ella no es sabia ni buena. Ni cruel ni trágica. No habla. No discute. Entonces, cuando decimos que la “naturaleza” está “respondiendo” a lo que le causamos, esa declaración parece significar que los desastres “naturales” son como instrumentos de venganza del planeta contra nosotros. Es todo lo contrario: proyectamos nuestros deseos y frustraciones en este Otro, que, a su vez, está en nuestra especie y también ayuda a dar forma a lo que llamamos “cultura”, a lo que definimos como “humano”.

Sin embargo, “pregustamos” el fin del mundo durante milenios. Desde el siglo pasado, por ejemplo, se puede decir que esto ocurrió durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial; más tarde, en la Guerra Fría, delante de la amenaza nuclear, y también en la llegada del año 2000. El “reloj del día del Juicio Final”, mantenido desde 1947 por el *Bulletin of the Atomic Scientists* de la Universidad de Chicago, ha registrado varios momentos de extrema tensión. En 2018, las amenazas intercambiadas entre Corea del Norte y los Estados Unidos hicieron que las agujas del reloj estuvieran muy cerca de la medianoche mortal, cuando las probabilidades y las estadísticas nos acercaron mucho a un resultado trágico.

Además de los peligros de lo “real”, vivimos en una red desordenada de advertencias de todo tipo, resultado de un mundo interconectado, en gran parte impulsado por *fake news* y movimientos anónimos e irresponsables que juegan con nuestros peores temores. Los diferentes tipos de información nos llegan confusos, reduplicados, divididos, alterados, sin fuentes confiables, y esto a los borbotones, como un torrente o una avalancha de códigos que destruyen cualquier tranquilidad. Tal fenómeno también facilita la propagación del odio y de la intolerancia, de la homofobia y del machismo, del racismo y de la xenofobia, dando voz y, a menudo, fomentando pasajes al acto de extremistas nefastamente hermanados en los laberintos hipertextuales.

Por lo tanto, estamos en la época de la retórica del miedo. Ella desencadena en nosotros el temor, la fobia, la angustia. *No news, good news*: todavía tenemos goce con lo trágico.

Pero ese punto de no retorno que representa la fase actual del Antropoceno no anuncia necesariamente el auto exterminio de nuestra especie en un futuro no tan distante, como algunos abogan, ni tiene que ver con la destrucción completa del planeta, hipótesis que corresponde a los futurólogos. Para mí, el punto de no retorno es, primeramente, la demarcación de la imposibilidad de crearse estilos de vida (a menudo solo fantasiosos) vinculados al pasado, muchas veces evocados con un tono melancólico y nostálgico, a fin de hacer el planeta más viable para las próximas décadas. Pero esta viabilidad es una posibilidad muy compleja de ser gestionada.

Entre el delirio y la patafísica, vivimos en medio de etiquetas como “sostenible”, “reciclado”, “ecológico”, “respetuoso del medio ambiente”, “*ecofriendly*”, “*slowfashion*”, “hecho a mano”, “cuerpo sano”, “*no pain, no gain*”, “marketing verde”, “producto orgánico”, “energía solar”, etc. Por detrás de esas denominaciones, hay también industrias poderosas. En un aspecto, este anhelo por terminologías de “buen comportamiento” reitera el frenesí en el que nos movemos en busca de soluciones inmediatas al malestar extremo de la actualidad. Y como es imposible mantenerse al día con todos los impactos negativos que hemos causado al mundo con nuestras acciones, nos dejamos convencer por la información de un embalaje biodegradable, ya que esto parece suavizar lo que llamo nuestra “ingenua culpa”. A fin de cuentas, no fuimos nosotros quienes salimos con guadañas,

motosierras y tractores para deforestar a los bosques: muy al contrario, abogamos por la creación de parques y reservas destinados a proteger las especies de la fauna y de la flora. ¿Pero protegerlas de quién? De nosotros mismos, evidentemente.

Sin embargo, la cultura de nuestro tiempo, por un lado, no acepta la castración, el límite y, por otro lado, no permite la manifestación del azar: intentamos quedar protegidos con seguros, los más extravagantes y raros que nos son ofrecidos por corredores y agentes. Pero seguimos siendo hipocondríacos y paranoicos. Quienes tienen condiciones económicas suficientes ponen alrededor de sus moradas barreras de seguridad, garitas y torres de vigilancia y redes de videovigilancia. En resumen, son prisioneros en sus propios hogares. Nuestros dispositivos de Internet saben mucho más sobre nuestras vidas de lo que pensamos, ya que continuamente alimentamos a empresas que recopilan nuestros datos para establecer bases de información sobre nuestras preferencias y tendencias, nuestros horarios y ritmos, o sea, nuestras formas de goce y malestar en el mundo. Y ganan miles de millones de dinero con eso. Hay los que defienden que nuestros teléfonos móviles están escuchando y transmitiendo a compañías diversas una recolección inconmensurable de datos, sobre todo lo que hablamos o escribimos en supuesta privacidad.

Entre otras cosas, el Antropoceno es el precio que los dichos “modestos” y “moderados” han estado pagando durante siglos, exactamente debido a sus discretas e inconsistentes demandas, una consecuencia de la comodidad y de la conveniencia. En síntesis, nos dejamos extraviar en un largo recorrido marcado por desaciertos que fluyen hacia el neocapitalismo y el ultraliberalismo, pináculos de la exención de responsabilidad del sujeto.

Sin embargo, un delicado aliento es pensar que si el punto de no retorno del Antropoceno representa una inevitabilidad, por otro lado, invita a estos seres “ingenuamente culpables” a una postura definitiva de rendición de cuentas ante el mundo y a todas sus criaturas, objetos, ideas y formas. Y que esta responsabilización no tarde en llegar.

## Referencias

- **Freud, Sigmund [1929] (2017).** *El malestar en la cultura*. Trad. de A. Brotons Muñoz. Madrid: Akal.
- **Messias, Adriano (2016).** *Todos os monstros da Terra: bestiários do cinema e da literatura*. São Paulo: Educ/ Fapesp.
- \_\_\_\_\_ **(2019a).** Por uma ontologia do sujeito no século XXI: o autômato de Kempelen, a máquina de Deleuze, o ciborgue de Lacan e o robô de Freud. En: Lucia Santaella (Org.) *Desafios humanos no contemporâneo*. São Paulo, Estação das Letras e Cores.
- \_\_\_\_\_ **(2019b).** *Será a condição humana uma monstruosidade?* São Paulo: Estação das Letras e Cores.
- \_\_\_\_\_ **(2019c).** *Comunicação e Antropoceno. Os desafios do humano*. São Paulo: Educ.
- \_\_\_\_\_ **(2019d).** *Todos los monstruos de la Tierra: bestiarios del cine y de la literatura*. Madrid: Punto de Vista, 2019.